

El cine y uno

La cabeza de la hidra

Emilio García Riera/I

Dediqué mis notas de la semana pasada a hacer referencia del cine estadounidense para televisión que se está prodigando aquí, en los canales del país, y que no es un material importante, ni interesante ni conveniente. En vista de ello, se impone una pregunta: ¿es que no hay, o no puede haber, material mexicano que ocupe los espacios de televisión de tal modo desperdiciados?

Para dar ejemplo de cómo puede contestarse la anterior pregunta, vi también la semana pasada una película filmada por Paul Leduc para la televisión, precisamente, y que lleva ya dos años enlatada, sin perspectivas claras de exhibición. Como Leduc no puede prescindir en los títulos de los dos puntos ortográficos (recuérdense Reed: *México insurgentes* y *Et-nocidio: notas sobre el Mezquitill*), esta nueva película suya, que es una "miniserie", se llama *Complot petrolero: La cabeza de la hidra*. La segunda parte de ese título revela que se basa en la novela de Carlos Fuentes del mismo nombre.

La cinta fue filmada a partir de marzo de

1981 por cuenta de varios productores independientes, entre ellos el Sutin (Sindicato Único de Trabajadores de la Industria Nuclear). El desarrollo de la trama solicitó filmaciones en múltiples escenarios del D.F., de los estados de Chihuahua y Veracruz (Minatitlán) y de Puerto Rico. El resultado de tales trabajos da en pantalla tres horas y media; unos letreros indican la división del material en cuatro episodios de cincuenta y pico minutos cada uno, o sea, adecuados para cuatro programas de una hora. También es factible la exhibición del material en dos programas de dos horas cada uno.

Si tuviera yo a mi cargo la programación de un canal de televisión, y me dijeran que hay disponibles cuatro episodios de una hora filmados por Paul Leduc, yo los contrataría aun sin verlos, porque no participo del desprecio por los buenos realizadores mexicanos en el que coincidieron los funcionarios estatales de la pasada administración y una crítica dizque radical, opositora y muy sarcástica ella. Y si me dijeran que con ello corría yo un riesgo de exhibir material deficiente, pues Leduc pudo haber tenido al filmarlo ataques de desinspiración, o qué se yo, contestaría que desde cuando la TV nacional se preocupa tanto por la ca-

lidad de lo que ofrece. Además, afirmaré yo que más vale arriesgar con un cineasta mexicano de capacidades probadas que insistir en la rutina de exhibir material extranjero sin mayor chiste.

Pero lo cierto es que me eché de una sentada *La cabeza de la hidra* y la pasé bastante bien en las tres horas y media consiguientes. Y eso, que se trata de una historia de espionaje particularmente confusa, como advierten con buena ironía los letreros con que termina cada episodio. Además, ocurre que yo siempre me confundo, aun en el caso de que una intriga de misterio sea la más clara del mundo, pues el género se me dificulta enormemente, tanto como jugar ajedrez. Cuando vea películas de esas con Alba y Vicente Rojo, tenía que ser ella al final la que me explicara quién había matado a quién, y por qué. En el caso de esta nueva cinta de Paul Leduc, me temo que ni Alba va a poder orientarse en tanto enredo. Y sin embargo, repito, la película me divirtió bastante. Explicaré mañana por qué.

El cine y uno

La cabeza de la hidra

Emilio García Riera/II y último

En *Complot petrolero: La cabeza de la hidra*, de Paul Leduc, José Alonso es el esforzado intérprete de Félix Maldonado, un joven periodista metido en llos de contraespionaje por propia iniciativa y por puro patriotismo. Al principio, se declara de derecha y desilusionado de los ideales por los que combatió en tiempos del movimiento estudiantil, pero después se enfrenta a una torva conspiración extranjera que quiere hacerse del petróleo y del uranio nacionales. Eso le cuesta a Alonso echarse de continuo unas carreras persecutorias de villanos que están muy bien filmadas, por cierto.

La trama moviliza a una multitud de personajes interpretados, entre otros, por Claudio Brook, Ofelia Medina, María Rojo, Blanca Sánchez, León Singer, Arturo Alegre, Eduardo López Rojas, Salvador Sánchez, Lilia Escalante, Pancho Carameo, Max Keriow y Claudio Obregón. Como se ve, un reparto competente, aun en el caso de quienes, como

Cataneo (que interpreta muy bien a un cubano anticomunista macizo, siniestro y chistoso), no tienen mayor experiencia en el cine. Por lo general, no sabemos de entrada — a veces, ni de salida — si los personajes por ellos interpretados son buenos o malos, ni qué hacen en la infinidad de lugares en que transcurre la acción.

Pero la acción misma, el modo en que se desarrolla, basta y sobra para retener la atención. Paul Leduc ratifica sus excelentes dotes de cineastas: no sólo es capaz de concertar con buen ritmo las ideas y venidas de los personajes, sino de descubrir en los medios donde evolucionan calidades insólitas. Eso se llama

una buena mirada cinematográfica: la que nos revela aun aquello que tenemos muy visto. La propia ciudad de México parece nacer para el cine con la película, pues nacerá tantas veces como haya cineastas capaces de verla, como Leduc, sin el velo empobrecedor de la rutina.

Esa buena mirada es la que sostiene un conjunto no del todo parejo. Sí es pareja, por cierto, la excelente fotografía en 16 mm. de Angel Goded, pero no el tono de las actuaciones, por ejemplo. Se ve que Leduc era muy consciente de que estaba filmando algo para televisión, y que eso suponía diferencias y salvedades con respecto al empleo en el cine de clip-

ses sintetizadoras. De ahí, creo, una cierta inseguridad en la ponderación del peso y la longitud convenientes para cada escena, para cada parlamento.

En cambio, lo que sí le agradezco enormemente a Leduc es que se haya permitido, por esta vez, expresiones de un muy refrescante sentido del humor. Una imagen que quizá acabe resultando antológica da prueba de ello: es la de Alonso con el rostro vendado (le han dado una golpiza) a lo Santo y con una camisa de cuadros rojos sobre el fondo también rojo del asiento de un restaurante, y frente a él, las copas vacías de los tequilas ingeridos.

Porque ese James Bond de los pobres, dicho sea sin ánimo de rebajarlo, sino todo lo contrario, toma tequila, faltaba más, y gusta del buen ambiente del Tenampa, y es muy mexicano a pesar de su primera apariencia de ejecutivo. Es el héroe de un insólito thriller nacionalista que bien merece ser exhibido por la televisión nacional.